

Boletín de la Biblioteca Nacional

EPOCA II

SAN SALVADOR, 1.º DE JULIO DE 1932

NO. 3

EDITORIAL

En todos los tonos y en distintas formas los países más cultos de la tierra hacen campaña intensa en pro de la cultura popular, en espera de una claridad colectiva tal, que florezca en armonía. Y en tales tendencias la biblioteca es el factor más importante, el más decisivo a colaborar. Ella se hace sentir en la vida de los pueblos, palpita con ellos y va con ellos. Así, pueblos de bibliotecas organizadas van en marcha ascendente hacia un porvenir luminoso.

Una institución bibliográfica es la concreción de la cultura humana en todos sus aspectos. Allí concurren, afluyen todos los ríos del saber. Por eso se justifica llamar a una biblioteca «fuente múltiple» que se da amorosa y sabiamente. El arquitecto la consulta porque ella sabe de todos los caminos de la Arquitectura; el historiador extrae tesoros valiosos de sus libros magníficos que guardan el panorama de la vida al través de los siglos; es un remanso de paz y de salvación la biblioteca para el obrero fatigado; recreo espiritual para los niños. Entonces, ¿por qué no sentir veneración por la biblioteca?

Los Estados Unidos es el país de América que más se interesa por la cultura popular. Allá el libro va a todas partes difundiendo conocimientos. Las municipalidades, en sus programas de gobierno local, ceden a la biblioteca un lugar de preferencia, y así la comu-

na contribuye en efectivo: unas veces, construyendo el edificio de la biblioteca, otras, pagando los empleados que han de servirla. Tanto en las grandes urbes como en las aldeas más escondidas se tiene respeto sumo a los libros, y el verdadero sentido práctico de éstos. Hay sociedades protectoras del libro. Agrupaciones particulares que se dedican exclusivamente a fomentar las bibliotecas. Conferencias en las plazas públicas, carteles llamativos sobre las últimas novedades ingresadas a los anaqueles de las salas de lectura, índices culturales haciendo sugerencias oportunas sobre temas y libros de actualidad. Todas estas actividades orientadas a fomentar la biblioteca pública.

En consecuencia, nosotros, adolescentes todavía, tenemos que buscar los métodos más prácticos para conquistarnos un puesto en la cultura universal, que nos permita presentarnos con decoro. Y tal objetivo lo alcanzamos culturizando a las masas en las salas de lectura.

Por el momento, El Salvador, para realizar una obra de tal magnitud—elevarse a la categoría de culto—necesita difundir el libro, impulsando las salas de lectura popular y las bibliotecas municipales, por lo menos en las ciudades de primer y segundo orden. Pero entendiendo que estos centros de cultura sean el fruto de una ardua propaganda por cuenta del Estado. El Ministerio de Instrucción Pú-

blica, por ejemplo, ordenando a los maestros organizar en la escuela la biblioteca infantil—la biblioteca del porvenir—, dar pláticas en los paseos públicos relacionadas directamente con la utilidad de las bibliotecas. De la escuela ha de salir tal entusiasmo; allí se ha de iniciar el fomento de las bibliotecas, enseñando a querer y respetar el libro. Después, la biblioteca municipal tendrá que florecer espontánea, y se hará familiar en el hogar de la República.

Pero la obra no se limita a fomentar las bibliotecas. Hay más todavía, trascendental por cierto, y es saber seleccionar el material bibliográfico del lector.

Los individuos de trabajo material y de escasa preparación intelectual descansan bien acondicionados en una silla, leyendo un libro sencillo, claro, de un fondo interesante y profundo.

Muchas bibliotecas nuestras están formadas sin amor y sin método. Sus anaqueles se llenan con libros inservibles, que no quiso el abogado o quizá proceden del convento vetusto. Allí también eran inútiles.

Fomentemos la biblioteca municipal. Ella irá al pueblecito remoto. Fomentémosla, dándole una organización sencilla; tan sencilla que pueda ir al hogar de la aldea salvadoreña.

INDICE BIBLIOGRAFICO

POR SALVADOR CAÑAS.

De las cosas que más me interesaron del último número del «Boletín de la Biblioteca Nacional», fué la invitación que Uds. hacen a los jóvenes para que lean los clásicos.

En nuestros periódicos y revistas no vemos, o vemos muy de cuando en cuando, esos índices interesantísimos de lecturas. En una revista mexicana, Salvador Novo hace oportunas acotaciones a libros antiguos y modernos. Joaquín García Monge, lo mismo, en «Repertorio Americano». En muchas revistas literarias o filosóficas de la América del Sur, frecuentemente leemos juicios críticos sobre obras de importancia.

No nos extenderemos hablando de la utilidad de semejante labor. Convencidos estamos que nuestro nulo criterio literario se debe a la poca lectura, o a la lectura desorientada. Dos hechos evidencian este aserto: cuando vino a San Salvador la Compañía de Ricardo Calvo, que sólo teatro clásico español representaba, nos exhibimos como gente impreparada. Muchas veces el poco público que asistió a las funciones se aburría, o no asistió por incompreensión. En cambio, en San José de Costa-Rica, si mal no recordamos, representó la misma compañía diez noches seguidas don Juan Tenorio, y con un lleno halagador. ¿La razón? Los maestros y los hombres de letras de allá se preocupan por cultivar en sus compatriotas el conocimiento y gusto por las obras de verdadero mérito. Después de Ricardo Calvo nos visitó un actor mexicano, Gonzalo de la Vega, y puso en escena «Seis personajes

en busca de un autor», por Pirandello, y nuestro público otra vez respondió lamentablemente. Estos dos hechos apuntados, ¿no son acaso la demostración más diáfana de nuestra incultura intelectual?

Entre nosotros hay gente que bien puede hacer esa labor de pedagogía literaria. Alberto Masferrer, Juan Ramón Uriarte, Arturo Ambrogí, Alberto Guerra Trigueros, Francisco Morán. Además de su acervo de lecturas perfectamente seleccionadas, tienen el temperamento del crítico inconforme y certero. Ellos deben colaborar en este trabajo de culturización.

Ya es tiempo de apartar de los programas de Secundaria esa engorrosa clase de Literatura, tal como se da a estas horas. Debe leer el muchacho. Y orientadamente. El profesor, aunque no escriba, será hombre siempre informado. Los alumnos instruidos en esa materia por un profesor así, no serán esos pobres que al hablar lo hacen con una ignorancia vergonzosa, y peor escriben.

Deben seguir Uds. publicando en cada número esas breves invitaciones a los jóvenes, porque ellos las necesitan más, para que acendren su gusto por los libros de mérito. Y qué asentamiento lograrían en sus conceptos. Qué visión más amplia de los hechos. Qué sabiduría en sus vidas. Se debaten ellos en un mundo de cosas ilógicas. Mologran fuerzas en ese desequilibrio. Porque es verdad lo que Uds. dicen: más de algún presumido escritor neófito, tiene a buen tono decir: «no he leído o no leo el Quijote de Cervantes».

Cuando un García Monge, decíame en Costa Rica: « todos los años vuelvo a leer el Quijote, y siempre encuentro nuevas bellezas y verdades más hondas ». Y esto un García Monge!

Nadie ignora: Rubén Darío conoció a los clásicos castellanos, y después revolucionó la poesía.

Ese índice bibliográfico publicado en el « Boletín de la Biblioteca Nacional » es de una importancia incalculable. Sigán Uds., Julio César Escobar y José Gómez Campos, publicándolo para bien de esa gente que sólo piensa en deporte, automovilismo y en bailes descoyuntantes.

LA SUPERSTICION DE LA GRAMATICA Y LA RETORICA

(Del libro de Camilo Campos, próximo a publicarse)

Hay que cultivar el idioma y echar al fuego las Gramáticas y las Retóricas sabias. — Le Bon.

El idioma es el medio por excelencia para formar el alma de los pueblos. Allí donde se escriben y se leen cosas bellas, cosas profundas, cosas fuertes; allí donde el pensamiento florece en todo su esplendor, allí reina el espíritu. Y donde se enseña a sentir, a vivir el milagro de la palabra, la eternidad del Verbo, se está forjando un cerebro, un corazón autóctonos.

Pero donde la vivacidad del alma se ha sustituido por reglas de retórica y gramática, se está matando a las generaciones.

La historia es inapelable. No tenemos un arte salvadoreño, una literatura salvadoreña, una educación salvadoreña, un pensamiento salvadoreño, porque el cerebro de nuestras juventudes ha sido aniquilado por estos verdugos: la Gramática y la Retórica.

En El Salvador no se sabe sino por muy pocos qué es un idioma, cómo se hace uso de un idioma y para qué cosa puede servir un idioma. Los sabios y profesores creen que el Idioma Castellano es la Gramática Castellana, que se habla el idioma Castellano recitando Gramática Castellana, y que la Gramática Castellana sirve... *para hablar y escribir bien.*

¿Qué ciencia nos ha enseñado que el idioma Castellano es un hacinamiento frío de reglas gramaticales? ¿Qué ciencia ha enseñado a nuestros Pedagogos que la escritura, que la lectura, que la composición, que la conversación, que la literatura, no son idioma? Un idioma será siempre la vida de verdad, de arte, de justicia, de libertad de un agregado colectivo encarnado en la palabra viva.

Con las ideas ambientes sobre la Lengua pretendemos educar a un pueblo. Las escuelas, los Institutos los Liceos, la Universidad, aprenden gramática y retórica en nombre del idioma. El Profesor de idioma —*que nunca sabe escribir una carta, ni escribir un artículo, ni dictar una plática*— sabe que va a enseñar gramática; los estudiantes de idioma saben que van a aprender un texto de gramática y el examinador de idioma sabe que va a preguntar gramática. No hay ultraje más grande al idioma que esta máquina de estupideces.

Desde el punto de vista filosófico hay en la enseñanza de la Lengua lo que podríamos llamar una inversión de marchas. Como en Ciencias Naturales, la gramática es un conjunto de postulados inducidos de la experiencia. Principios comprobados y aceptados como leyes, para formarse siguieron lo que llaman método naturalista o de experimentación. Ahora bien,

es un principio educativo que la enseñanza de las ciencias, en sus líneas fundamentales, debe seguir la misma marcha que su formación. Pero nuestros maestros parten de la verdad a su análisis. Van del postulado a la experiencia. Pero por lo general la Gramática se enseña escuetamente.

Para practicar un idioma se necesitan ideas, sentimientos, emociones, cerebraciones que comprender o que expresar, más la gramática ni la retórica nos dan la absoluta capacidad de pensar. Al contrario.

En consecuencia, estos dos textos terribles son la más injusta farsa de nuestra educación. Por ellos no hay alma esencialmente salvadorense, si nó que tenemos un alma postiza, de francés, de alemán, de inglés, etc.

Creemos que los dirigentes de la educación han de reformar esto del estudio de la Lengua materna. Es lo más esencial de nuestra cultura.

Sin embargo, no es a las autoridades escolares a quienes corresponde realizar la reforma. A quienes verdaderamente corresponde es a los estudiantes. Está en su interés no perder el tiempo aprendiendo cosas inútiles. Está en su interés no gastar su dinero porque les enseñen tonterías. Y está en su interés no tener ataduras en el alma. Ténganle horror a la gramática y a la retórica y desprecio a los gramaticalistas y retóricos. Todo gramático y todo retórico es un muñeco ridículo. Exijan idioma; literatura, pláticas, conversación. Sobre todo, exijan imperativamente que su Profesor de idioma *sepa hablar y escribir.*

Y, como aconseja Le Bon, arrojen al fuego sus gramáticas y sus retóricas sabias.....

CAMILO CAMPOS.

La Elegía II de Netzahualcóyotl

TRADUCCION

(*Inédit*), especial para el «Boletín de la Biblioteca Nacional»)

POR FRANCISCO GAVIDIA.

Dad oído, vasallos,
A las lamentaciones, que en mis cantos,
Yo el Rey Netzahualcóyotl,
Hago conmigo mismo,
Meditando la suerte del Imperio.

—Oh Rey! digo a mí mismo,
Rey desasosegado, Rey instable,
Después que tú hayas muerto,
Tu pueblo confundido y trastornado,
En vano buscará tu sombra amiga:
Tu sitio en el festín será un vacío:
Se sentirá que entonces, sólo reina,
El Todopoderoso....

Quién pudo haber pensado, habiendo visto
Los palacios y Corte,
La gloria y el poder de aquel anciano,—
El Rey Tezozomoc,—que aquellas cosas
Debían tener fin? Y sin embargo,
Debían perecer y marchitarse.
Porque estos son los frutos de la vida,—
Disgusto y pesadumbre. Todo es algo
Que se gasta y que pasa....

Quién no entristecerá con el recuerdo
Del antiguo esplendor de este tirano;
De este anciano marchito;
De este sauce sediento, que nutrido
Por la humedad de su ambición sin bordes
Y su dura avaricia,—
Señoreaba las bajas praderías
Y los campos floridos....
Floridos mientras dura
El tiempo de la dulce Primavera;
Pero a la larga, decaído y seco,
Las crudas tempestades del Invierno
Le arrancan de raíz y piezas hecho
Le esparcen con furor por la llanura?

Hoy con esta canción traigo a la mente
Las cosas que florecen por una hora,
Y presento en la suerte
Del Rey Tezozomoc, un vivo ejemplo
De la humana grandeza:
¿Quién de cuantos me escuchan
Puede negarse al llanto?

La alegría y placeres de la vida
Son un ramo de flores,
Que fragante pasó de mano en mano,
Hasta que, en fin, marchito,
Mustio, ajado.... ¡se torna en polvo leve!

Cierto, las alegrías y placeres
Son puñado de flores:
Perfuman por un día; más ¡qué pronto
Se deshojan y mueren!

Dejad, pues, mis amigos,—
A los alegres pájaros
Cantar, regocijarse
Con la belleza de la Primavera.—
Gozar las mariposas
Con la miel y perfume de las flores;
Porque, la vida, amigos,
Es como tierna planta:
¡Tan pronto es arrancada, y ya marchita!

SALARRUE COLORISTA

POR LUIS ALFREDO CACERES.

Paisajista íntimo, vé el color y la forma con ojos internos. Para él, artista, el paisaje más que todo es un estado de ánimo, y como él es sereno, sus cuadros sueñan en un ambiente de paz. La pincelada misma va callada, tejiéndose musicalmente en la tela, hasta llegar a florecer en la tonalidad precisa, aprisionante de la emoción que huye del óleo fresco y místico. En los fondos de los paisajes irreales de Salarrué, hay la vaporosidad plata, la vaguedad lila de las cosas que están más allá de los sentidos físicos.

Azul de lejanías y campánulas. Verde del monte, del llano y de la loma; rojos desvahidos de techos, flores y tierras, con los amarillos de las hojas maduras; todos estos coloridos flotan, se hunden, se acercan en tenues, lentas armonías, como música misteriosa del silencio que se pierde en la distancia, música de órgano en ambiente sagrado de iglesia.

Indudablemente, lo negro, la obscuridad, la negación de la luz, fué antes que el Cosmos. Y el gran resplandor verde que alumbró a la Serpiente Emplumada de la Teo-

gonía Maya-Quiché, fué el principio de la policromía, el amor, la vida y el dolor. De aquí los tanteos de la filosofía.

El azul, lo espiritual. El blanco, paz, amor, pureza. El rojo, lo trágico, lo sensual.

Salarrué vibra en tres colores básicos, en los que se manifiesta su Ego: azul, lila y verdes místicos, que son la expresión de su espíritu pleno de religiosidad sincera, profunda, de una vida amasada con fe, bondad y amor al prójimo y a la naturaleza toda, con afán de paz, con mucha ternura y algo de yogi.

Por los caminos brumosos de O-Yarkandal, va Salarrué soñando paisajes imposibles, esfumados en sombras grises, donde apenas fulgen borrosos los maquillishats rosa y los isquinsúchiles cadmium oro, como una sinfonía lejana.

Es el pintor de las cosas que son y no son. De ese mundo que puede estar dentro de nosotros o más allá de la muerte, donde la forma es transitoria y no esencial. Pintor de paisajes que despiertan

la emoción con un sonido insonoro, que desarrolla esas ondas en espiral que duermen en los laberintos del espíritu.

Para artistas que, como Salarrué, viven hacia dentro, la palabra *soledad* no carece de sentido. Soledad, regalo de dioses, fuerza creatriz. Por eso el soñador y el creador de belleza aman el silencio y la soledad meditativa, porque de allí extraen formas, sonidos, colores y pensamientos, como en una gimnasia en la que el espíritu necesita ensayar su energía.

Este gran soñador de los ojos azules, ha sabido aislarse para oír mejor lo inaudible, y como artista, se busca dentro de sí mismo, y a través de sus obras, y a través del Cosmos.

Por eso es el pintor de los paisajes serenos, sin pasiones, sin dolor aparente, pero dándose a la humanidad como un vino, en cada obra que es como un vaso que contiene un estado de alma. De Salarrué se puede decir que es el fray Angélico del paisaje de otro mundo mejor.

MI MENSAJE

MAESTRO COMPLETO

POR EFRAIN JOVEL.

Aquella tarde Sudrai reunió en espíritu a todos sus discípulos, los más antiguos y los que aún recibían de su boca la ciencia y la consciencia de Vivir, y les habló así:

—«Pronto hará diez años que me dediqué a vosotros, jóvenes y niños, y será preciso que ahora os cuente toda la verdad de mi devoción. Habría deseado ser un solitario, dejar transcurrir las horas todas entre las

páginas de los libros donde se geometriza a Dios. Mi mejor maestro fué el muchacho aquel que me enseñó a hacer pajaritas de papel, barriletes con *zumba*, y lanchitas que naufragaban en las corrientes del invierno. La vida me marcó un derrotero, y fui peón siendo niño. Yo rompí con la vida y me transformé en guía de vosotros porque mucho vi en los pueblos, en los campos, en las fábricas, allí donde un hombre es amo de los hombres que nacieron para acémilas en la actual estructura social.

Pronto serán diez años durante los cuales sublimé mi oficio divino, divino porque representa sudor, hambre y salud, y me di a cargar para vosotros lo que los hombres llaman verdad, porque nada entienden de la verdad, y solamente porque no os traje nunca el hedor de los que se revuelcan en el Amor, en la Gloria o en el Oro. No os he contado historia, no habéis escrito bajo mi dirección ningún canto, ni os he mentido con las geografías no verificadas que es preciso aprender en libros hechos para venderse. ¡Saber de libros así, qué triste cosa!

Desde aquella fecha vosotros me habéis amado. No por la simiente aportada con el placer del peón a quien alegra la pesadez de la carga porque implica sudar, y sudar es deleite supremo, sino porque intuís en mí al hombre en perpetuo construirse, joven y romántico. Era vuestro espejo. Me he preguntado a ratos si vuestros ojos estuvieron pendientes de mis labios o desentrañaban con goce los trazos efímeros de mi mano solamente porque yo les infundía juventud.

Los comienzos fueron difíciles, pero mi ardor extremo. Vosotros, los primeros, quemásteis vuestras alas en el crisol donde se fundían los metales de mi personalidad. No

será pecado confesaros que ahora estoy acabado, que me siento dominador, porque también creo que estoy cerca de una cima que forzosamente habré de trasponer.

Seré con vosotros aún un tiempo indefinido, cuyo extremo lo veré en los semblantes de los que vendrán a sustituirlos. Quiero sustraerme al ritmo de la Vida en pago de no haberos empapado en odios ni mentiras de un día o de una cultura. Me retiraré antes de que otros se alejen de mí.

Algunos de vosotros enseñarán también. Retírense a tiempo. El maestro viejo es venerable por su ancianidad y precisamente por ella. Se le despreciaría porque enseña las antiguallas de su cofre con el pregón gastado y anacrónico.... El mismo es un deshecho de la Vida.

Yo me iré antes porque la obra de arte que voy esculpiendo en mí pasar debe quedar a salvo de las miradas desdeñosas o lastimeras de los transeúntes de mañana. Soy maestro por necesidad, único amplio sinónimo de la vocación, y la necesidad de no ser irreverente con vosotros y con mi vida me compele hacia otro rumbo donde no acidule bellas juventudes por la contemplación de la fealdad encarnada en un maestro que fue hombre.

Quiero separarme joven de los que vendrán a sustituirlos en mi ruta.

Así habló Sudrai y sus discípulos no se prosternaron. Lo comprendieron bello y dominador, imagen suya en la virtualidad del sentir. Capaz del sacrificio porque largo era su noviciado en el desdén y mucho su orgullo.

El maestro que no había cumplido treinta años, Sudrai, era el primer artesano en almas que preveía el último toque de su obra magna que era su Vida.

LA ELEGIA DEL AUSENTE

POR SERAFIN QUITENO.

Madre: la luz primera dora las copas altas
de los árboles, y hace biombos a la distancia.....
Un gallo desenreda madrugadas de plata.....
Está de Dios el vino de las ausencias largas.....

Volver....mirar la vida como desde los brazos
de un Sueño luengo y plácido....Amar todas las cosas
con el fervor humano de los desamparados
que al fin hallaron tibio refugio a su cansancio.

Volver hacia los mansos caminos de diciembre;
sentirse como entonces.....
—cuajadas de campánulas las esperanzas pródigas,
el alma en cruz abierta para los sueños nobles.

Madre del alma, copa azul de los besos
en que mojé los labios trémulos de mi Ausencia,
dame que vuelva un día para bordar recuerdos
sobre la muselina de una antigua tristeza.

Quiero volver; siquiera sea por un instante
quiero volver a verte
cosiendo en algún cuarto de la casa
que yo amo siempre aunque no sea nuestra;

Estrecharte en mis brazos
y en tu pecho llorar calladamente.
Después, oírte un cuento....una historia cualquiera
de las que sabes dar a sorbo lento
y entre muelles remansos de silencio.

¡Qué voz de seda tienes para adormir las penas!
¡Qué encanto suave y terso
desmadejan tus labios en las veladas lentas
cuando vas desglosando las leyendas del pueblo!

Tú conoces la historia de la vieja campana
que como las Esfinges yace en polvo de siglos
y en cuyos ecos últimos se balancea el nombre
magnífico y lejano del Rey Don Carlos V.

Y sabes una roja leyenda comunista
cuyo recuerdo pasa como un apocalipsis
sembrando sobresaltos y despertando trasgos
por el Ensueño blanco de las abuelas tristes.

Erase que los indios desataron la furia
de sus machetes rútilos;
y sobre el pueblecito que dormía a la sombra
de su Volcán, entre plumones de silencio,
cayeron—como racha de palabras groseras
en el pudor inerte de una virgen de sueño.

Y en el asta fría y terrible de la muerte
izaron la bandera de sus odios siniestros;
violaron a la noche—doncella
con sus gritos tremendos
y el vino de la sangre corrió por cauces lentos.

(De paso, inauguraron
a todas las mujeres inéditas del pueblo ...)

El Volcán vistió entonces un *güipil* de tragedia
bordado en mantos lívidos con rojas lentejuelas,
mientras del mar lejano venía un viento fresco
poniendo en cada huerta peinetas de luceros....

¡Cómo recuerdo, Madre, tus historias y cuentos
que siempre me supieron lo mismo que tus besos!

Oye, cuando regrese, quiero que me repitas
con tus palabras tuyas aquel rumor ingenuo,
que de la misteriosa «Piedra de la Conquista»
se escapa y se prolonga como un eco del tiempo.

Regresaré algún día, Madre, con el consuelo
de haber plantado ritmos eternos en mi huerto
—serenos, con un casto sabor de vino añejo
y amables, como cosas que vienen de muy lejos.

Y tornaré a los mansos caminos embrujados
de resplandores tenues, de cantos y de pájaros,
cuando el *carao* despide sus amarillas hojas
y en flores de crepúsculo sus búcaros rebosa.

Tendremos una casa rural frente a la tarde,
—virgen de ruidos, llena de *veraneras* cándidas—
y un árbol en el patio que sea en paz de sueño
la cama de las aves y el palomar del alba.—

Guatemala, marzo de 1932.

VOCES DEL TERRUÑO**LA MUERTE DEL ORGANILLO**

POR FRANCISCO MIRANDA RUANO.

Con el último bohemio, se apagó también la voz del organillo. No se escucha en el San Salvador de hoy la música del inquieto noche-riego. No invade ya las callejas del suburbio su estrépito rodante. La algarada de taberna o de plazuela, el coro de la chiquillería en las barriadas, la pobre fiesta de mesón o la faunalia sabatina, no saben ya del concurso que ponía otrora el organillo. La marimba, la pianola, el fonógrafo y la victrola, como a la ponderada orquesta, han desplazado asimismo al organillo humilde. Plebeyo, si queréis, pero este cantor supo de la turbulencia o sociego del alma popular. Muchas tristezas, como si se tratase de un alcohol, las tornó alegría, y muchos goces los desdobló en ternura. Mimi criolla, la costurera, la abeja de taller, la obscura Margarita, el artesano, el estudiante, el gran señor de la bohemia, todos desnudaron su corazón al reclamo de esta caja vibrante. Muchos que hoy llevan la casaca burguesa, más de una vez gustaron repicar cascabeles en la fiesta de guasa y organillo. A través del cristal de un automóvil, alguien tal vez, al pasar por los suburbios, ha saboreado alguna bella añoranza..... ¡Ah, entonces cuando la juventud era repique constante y se sabía gozar el amor en toda plenitud sonora! ¿Cuántos de vosotros, dueños de gravedad y

compostura en el presente, no añoráis el desgarbo jubiloso de aquellas cosas distantes? ¿Y no lloráis también sabiendo que vuestro clavicordio interior no alcanza a renovar la olvidada sonata?....

Hace tiempo, el poeta—uno de los últimos bohemios—, en una noche de maleficio y desconsuelo, clamó por ser hermano del organillo que tocaba cercano «...cantaremos una misma pena y una misma alegría; cantaremos unidos en la noche taciturna y en la madrugada de plata; y la luna y las estrellas llorarán luz en nuestras vidas sin misericordia....» Así decía el poeta en aquella noche de abril y así cantó con el organillo su dolor o regocijo, en el seno de la noche o en la hora en que se van los violines y caen las rosas por el suelo....Y como siempre, había un secreto afán de misericordia en su vida de entonces....

Hoy, el organillo ha dejado su andanza y su cantar. Marimbas, pianolas, victrolas multiplicáronse, arrinconándolo como a un viejo que rezongara y tosiera siempre. En algún lúgubre galerón dormirá para nunca más despertar. Ha muerto su alegría o su lamento, lo que en él fuera música diversa y propio palpar. Sólo el poeta, sin poderlo gritar eternamente, aún vaga entre el tormento y la exultación de la vida.

DON MIGUEL ANGEL GARCIA: VIDA, OBRA, LUCHA

POR JOSE GOMEZ CAMPOS.

El güiligiüiste, valga esta explicación para los extranjeros, en un árbol de poco tamaño y de madera durísima: las hachas más afiladas rebotan al caer sobre su tronco.

Pues bien: voy a referirme a don Miguel Angel García, y el güiligiüiste es su simil más exacto. Pequeño y vibrante, don Miguel Angel lleva sobre sí casi tres cuartos de siglo alegremente: el filo del tiempo no ha abierto brecha en su madera de güiligiüiste cuscatleco.

Tormentas, dificultades, impresiones, obstáculos, en fin, de toda clase, le salieron al encuentro a lo largo de su vida. Pasó a través de ellos y continúa en pie con la misma energía de los primeros años.

Miradlo, mirémoslo, jóvenes, pues para nosotros es ejemplo. Viene allí, menudo y recio. Se quita el puro de los labios morenos y nos saluda sonriendo. Al sonreír, toda su cara de Mefistófeles benévolo se transforma en un colochó, (el americanismo *colochó* me suena a mí mejor que el castellano rizo), y su cabeza se inclina hacia adelante, pensativa.

Habla poco y su hablar es combativo. Crítica. Arguye. Protesta. Se ríe de los hombres consagrados por la Historia, esta Historia nuestra, Historia de ayer, o de anteayer por la tarde cuando mucho, que él conoce y quisiera corregir a su manera.

Vais a hablar con él sobre los presidentes salvadoreños del Siglo XIX. Al iniciar la conversación, sonríe maliciosamente y os clava sus ojitos pardos como dos tira-

buzones. Esos ojitos—dos tirabuzones de acero—se clavan en el corcho de palabras convencionales conque tapais la botella de cristal de vuestra alma, y os sacan el vino generoso de vuestros pensamientos ocultos.

Don Miguel Angel está hablando ya de los presidentes. Tened cuidado. Hay veces que las opiniones atrevidas, cuando van acompañadas de documentación, deslumbran, como relámpagos. Don Miguel Angel comienza. Sonríe de la benevolencia exajerada de Cornejo, hace un gesto alegre contra Malespín, se exalta con las virtudes de Campo, arruga la cara en llegando a Santín, critica duramente a don Gerardo Barrios, recurre a los vocablos sonoros para defender a Dueñas, elogia la dictadura progresista de Zaldivar, reduce a su justo término la fama de Menéndez, separa lo bueno de lo malo al referirse al General Ezeta....

Y este es don Miguel Angel, viejo menudo y recio y cordial; cara de colochó si sonríe, punta de acero si juzga.

Entremos en su vida por la puerta que un amigo suyo nos abre. Nació en la ciudad de Jucupa el 6 de enero de 1864. Desde 1874 a 1890 ejerció la profesión de músico, y, sin dejar de ejercerla, ingresó en 1880 al «Colegio de El Salvador», dirigido por el después Arzobispo, y entonces Canónigo, Doctor Pérez y Aguilar. Después, bibliotecario, escribiente, por oposición, de un Ministerio; estu-

diente de comercio (1890); militar, desde cabo a Capitán Mayor; empleado de la casa de consignaciones de Blanco y Trigueros en el puerto de La Libertad, y luego—por un período de 35 años consecutivos—empleado de Correos, con los siguientes cargos: Ayudante del Negociado del Exterior de la Dirección General; Ayudante de la Oficialía Mayor, teniendo anexa la Inspección General; Administrador en San Miguel, con funciones de Inspector de la Sección de Oriente; Ayudante Supernumerario de los Negociados de la Dirección General; Secretario de la misma; Jefe de los Negociados del Interior y el Exterior, y, por último, Inspector General de la Institución.

A pesar de esta vida de trabajo, ha publicado numerosas obras, entre las cuales podemos recordar las siguientes: «Guía o Indicador Postal de El Salvador» (1903), un tomo; «Instrucciones para el despacho de correspondencia en el Interior y para el Exterior de la República» (1908), un tomo; «El Salvador Postal, Profesional, Comercial e Industrial» (guía y directorio; 1910), un tomo; «Anales del Correo de El Salvador», (Idea de un Congreso Postal Centro-Americano; 1913), un folleto; «Homenaje a Colón» (dedicado a los niños de las escuelas salvadoreñas; 1913) un folleto; «Estudio Histórico del Prócer José Francisco Barrundia» (1917), un folleto; «Estudio Histórico del Prócer don Juan Rafael Mora, y la participación de éste en la Campaña Nacional Centro-Americana en 1856-57»; «Influencia del pasado en la Independencia de Centro-América (laureada con el Primer Premio y mención honorífica en el primer certamen promovido por

el Ateneo de El Salvador); «Trascendencia del 5 de noviembre de 1811 en los destinos de Centro América» (laureada y con mención honorífica en el segundo certamen promovido por el Ateneo de El Salvador, en 1911).

La anterior lista de trabajos sería suficiente para acreditar la capacidad de don Miguel. Con todo, lo apuntado es poquísimo si se compara con la obra principal, el DICCIONARIO HISTORICO ENCICLOPEDICO DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR, compuesto de sesenta tomos, de los cuales están apenas publicados cuatro, cada uno de cerca de seiscientas páginas.

En este diccionario se encuentra ampliamente expuesto, y con el mayor acopio de documentos auténticos, cuanto se refiere a la vida y al desarrollo de nuestra República.

En ese Diccionario, está en potencia nuestra Historia. El Diccionario es, nada más, materia prima, y al escribir estos renglones nosotros no hacemos sino llamar la atención de la juventud para que llegue a abreviar en este gigantesco raudal de datos históricos.

Y no está demás, por supuesto, hacer constar aquí nuestra sencilla admiración hacia el hombre de voluntad y de labor que ha realizado este esfuerzo, increíble en nuestro medio.

*
*
*

Jóvenes: ya lo veis. Tal es la vida, y tal la obra de don Miguel Angel García. Desinterés y tesón. Rey de la voluntad, por algo don Miguel nació el día de los Reyes Magos, en los gloriosos tiempos de don Gerardo Barrios.

GUAYABITAS BLANCAS

POR QUINO CASO.

Ronda de niños.
folklore salvadoreño.

"Guayabitas blancas
"de miel y maduras,
"yo no me he casado
"para barredora...
"Que barra mi suegra,
"que yo soy señora..."

El canto se desliza
en dulce y raro son
y mi alma triste llora,
mas ríe el corazón.

Vuelca su cristalina
y gárrula alegría
la muchachada inquieta
frente a la casa mía,

mientras los ojos cierro,
arrugo el grave ceño
y a mi alma abro las puertas
azules del ensueño....

"Guayabitas blancas
"de miel y maduras..."

Así, no ha mucho tiempo
—¡giró el reló tan luego!—
en la divina ronda
yo fui el alma del juego

y era mi guayabita,
llena de miel sabrosa,
de entre la chiquitada
la más hermosa....

Chiquilla de siete años
—mucho para mis nueve—
fue una alegre torcaza,
suave, menuda y leve....

"... yo no me he casado
"para barredora..."

Tenía la voz celeste
y risa tan musical,
que era lo mismo oír
que herir algún cristal.

Claro emergía el canto
de su garganta pura
como si fueran voces
venidas de la Altura.

A así su voz canora
entre el humano ruido,
era miel de guayaba
para el oído....

"... Que vaya mi suegra,
"que yo soy señora..."

Su cuerpecito grácil
en medio de la ronda,
flor de espuma diríase
danzando sobre la onda.

Agil y vaporosa,
realización de un sueño,
bastaban para verla
los ojos del Ensueño....

Y así su figurita
exenta de sonrojos,
era miel de guayaba
para mis ojos....

"... Guayabitas blancas
"de miel y maduras..."

Giraba entre la ronda
—¡la ronda de las hadas!—
llenando la calleja
de dulces carcajadas,

hasta que por cansancio
del juego, ya rendida,
entre mis brazos débiles
quedábase dormida....

Y así su cuerpo breve
junto a mi vida loca,
era miel de guayaba
para mi boca....

"Guayabitas blancas
 "de miel y maduras,
 "yo no me he casado
 "para barredora..."

Dejad el juego, niños,
 pues vuestras alegrías
 franquearon ya la puerta
 a mis melancolías....

Callad el dulce canto
 de la divina ronda,

porque él es en mi espíritu
 cual infinita sonda

que ha llegado hasta el fondo
 de mi alma adolorida
 a despertar recuerdos
 que yo creí sin vida....

Mas no! Cantad! Que el canto
 mi triste vida ensalme....!
 Es guayabita dulce
 para mi alma....!

EL ALCALDE DE LEON Y MEXIA

POR JOAQUIN GARCIA

¡Don Pedro Manuel de León y Mexía!

Pensad que fué allí en los lejanos días del coloniaje. Era de penden-
 cias y bravatas entre hidalgos mata-
 sietes que moríanse por los ojos, las
 manos y guedejas de las Elviras,
 Rosinas y Simonas, o por un simple
 mirar de soslayo que dirigiéranles
 personajes non gratos para ellos.

En cierta ocasión—esta historia
 no es cuento.—hallábase Don Pedro
 Manuel de León y Mexía, pasando
 descansados días en su casa de la
 hacienda San Diego, ese caserón
 desconchado y solemne que se ve al
 no más bajar la cuesta del Chipilín,
 cuando sin qué ni para qué, sin la
 advertencia de «golpe avisa», recibe
 de su Excelencia el Señor Intendente,
 un oficio con el sello real.

De León y Mexía, presintiendo
 una trastada, examina el sobre con
 ojos penetrantes, le da un mil de
 vueltas, pero queriendo saber de una
 vez el contenido, de una manotada
 lo desgarró y lee.

¿Pero qué lee de León y Mexía
 para que los ojos se le iluminen
 con luces de acero?

¿Qué lee para que los bigotes indo-
 mables se le enderecen como alam-
 bres y para que las enormes conchas
 enrojecidas de su nariz conquistado-
 ra y violadora se le hinchen tan así?

Su Excelencia lo llama con premu-
 ra para arreglar asuntos relacionados
 con su empleo de Alcalde de San
 Salvador.

Pero De León y Mexía consideraba
 eso como algo inconcebible, audaz.
 El era hombre a quien nadie podía

dirigir palabra sin haberle dado antes los buenos días, tanto porque tenía mucho pisto como porque era muy valiente.

Le daría una insultada al Intendente. Le diría, usted es un hijo de putaña, sinvergüenza, estúpido. ¿Qué era eso de llamarlo así, como a un empleadillo, sabiendo como sabía que él era Don Pedro de León y Mexía, Capitán de Infantería de los Ejércitos de su Majestad, y que además pagaba al Tesoro Real tantos miles de pesos como impuestos? Le daría finalmente, una lección que le hiciera recordar de una vez para siempre, el desgraciado día en que lo parieron. ¡Palabra de hidalgo!

Y descolgando la pesada tizona dijo a su mujer Doña Francisca Biviana Lobato;—ve, esposa mía, esta inscripción gravada en la hoja flexible de esta mi inseparable compañera, dice: *Esta es la espada de Don Pedro Manuel de León y Mexía, Capitán de Infantería de los Ejércitos de su Majestad, quien no pide ni da perdón.*

Luego, con palabras mal olientes e invocaciones a María Santísima y a todos los santos de la corte del cielo, lanzó estocadas al aire, golpeó implacable los muebles e hizo astillas el vitral del camarín que guardaba la endeble imagen de San Pedro, se puso en guardia, se fue a fondo, se volvió....

Doña Francisca Biviana lloró larga y hondamente el ver aquello, y se atrevió.

¡No esposo mío! ¡No hagáis eso! ¡Es el Señor Intendente!

¡Callad mujer! ¿Pensáis acaso que he de oiros? Más conviéndete hagáis algo en la cocina que meteros en cosas que vosotras las mujeres, no entendéis.

Doña Francisca Biviana se afligió aún más, pero como conocía a su marido, quien era capaz de arrojarle de un campanario, antes que ceder

a razones, buscó en su corazón una lucanita que iluminara siquiera, un instante aquellos minutos supremos. Y encontró, que su marido, si bien era Alcalde de San Salvador, era no menos cierto que para venirse a la casa de su hacienda, había depositado la vara, que no ejercía de Alcalde y que en consecuencia, el Señor Intendente debía llamar al susodicho depositario.

Y queriendo exponer esas ideas a su marido, suplicole y tanto suplicó y lloró que al fin fue oída.

De León y Mexía, que dicho sea de paso y en honor a la verdad, era temible frente al enemigo, solía también ser gentil caballero oyendo los lamentos de una dama, sobre todo cuando esa dama, era nada menos que la dueña de sus pensamientos. No en balde llevaba en las venas la sangre castellana de los siglos dichosos.

Arrojó con bazarra, a los pies de Doña Francisca Biviana, la ilustre tizona y besándole las manos de santa, pálidas y temblantes, le dijo: Señora mía, preciso es confesar que tenéis razón en esta como en otras veces. Escribiré al Intendente diciéndole que llame al depositario y que se entienda con él al respecto a los asuntos para que me llame.

Y haciendo una profunda reverencia que Doña Biviana contestó con una leve inclinación, se retiró al escritorio.

Escribió mucho y por largo tiempo. Hizo pedazos mil veces las cuartillas a medio andar. Volvió a escribir, a despedazar hasta que dió pié con bola.

Al finalizar, se le antojó que la carta era de «mucho comedimiento» y por ese tiempo fue que se le subieron los humos a la nariz y sin vacilar agregó estas sencillas palabras: «el Señor Intendente puede entenderse las con el depositario pues que él no podía abandonar sus negocios en

añiles por complacer exigencias que siempre fueron su mejor hilaridad.

* *

El Intendente estaba atusándose los bigotes cuando llegó el correo enviado por De León y Mexía.

También este señor Intendente, hay que decirlo, era hombre que gustaba de mandar como hombre de una sola pieza.

Enterado del oficio del Alcalde, dió un salto, tomó la *guacalona* que pendía del muro enyesado de la casa señorial e igual que De León y Mexía, lanzó estocadas al aire, protestando que éste se las pagaría tal cual era: un tonto con mucho atrevimiento. Iría con un ejército a despedazarlo y a este dicho siguió la acción. Ordenó con voz tonante que montaran todos los cañones y que los soldados se alistaran para ir al campo de la gloria.

En ésto llegóse por ahí el Padre Cura don Blas de Ampuero todo desmedrado y manso. Al ver aquello quedó como ido de este mundo pensando en si el Señor Intendente se había vuelto loco o no. En verdad no se explicaba tanto movimiento, tantas malas palabras, tanto ruido. Y muy suavemente acercóse al Intendente.

Qué pasa?

Vea Padre Cura, ese hijo de pu-
rriela de De León y Mexía me ha faltado al respeto y de pagármelas há. No daréle tiempo a confesar.

¿Pero ha sido para tales cosas lo dicho por De León y Mexía?

¿Párecete a Ud. poco, Padre Cura, que en llamándolo para rendir cuentas contéstame con un audacia nunca vista por mí, que no puede abandonar sus negocios en añiles para complacer exigencias que siempre fueron su mejor hilaridad?

Más, el Padre Cura con sus palabras mansas, supo contener los bélicos impulsos del Señor Intendente.

* *

Aquella mañanita, el Señor Intendente, así que húbose santiguado y dado gracias a Dios por las infinitas bondades que derramaba sobre él y los suyos, recibió la noticia de que el Capitán de De León y Mexía, llegaba a la ciudad.

Saltó como un picado de los demonios. Gritó. Ordenó. Contraordenó. Y de toda esa jerigonza pudo saberse más tarde, que había dado orden de que prepararan una barra de grillos, que aparejaran una mula y que fueran a traer al Alcalde desobediente.

Más, éste, sabedor del hombre con quien tenía que vérselas, en cuanto llegó a la ciudad fue a tocar Ronda Mayor en la campana del Cabildo.

Los hombres de «pro», desmesurada *guacalona* al cinto y galoneados trajes de terciopelo, fueron llegando al Cabildo. Pocos momentos después se vió al Alcalde y a esos señores en la calle dorada por un sol de invierno, con dirección al Palacio del Intendente.

Al entrar, De León y Mexía quedó estático contemplando en el corredor la barra de grillos y en el patio, la mula aparejada. Luego, encarándose con Su Excelencia le hizo esta pregunta que da idea de la audacia que se gastaban aquellos terribles abuelos nuestros;

Para quién son esos grillos?

¿Y quién es usted para pedirme cuentas?

De León y Mexía, incontenible y autoritario dirigiéndose a la escolta ordenó: póngale esos grillos a este pícaro.

Los soldados obedecieron complacidos y admirados. Y mientras aprisionaban al Intendente el Señor Capitán de los Ejércitos de Su Majestad, sentóse al escritorio y allí mismo escribió al Capitán Ge-

neral una carta a la que le «adjuntaba» al insolente prisionero.

Pocos minutos después, la escolta salía para Guatemala conduciendo a Su Excelencia, «con los decoros del caso».

Nada diremos del estnpor que sufrió el Capitán General en presencia de un hecho tan descomunal, más, para terminar esta verídica historia, es del caso decir aquí, que ésta tuvo un epílogo magnífico.

El Señor Alcalde fue condenado a pagar una multa de 4000 pesos y a salir desterrado de la capital de la provincia, por cuatro años.

¡Jamás pagaré una multa con más gusto que la presente!, dijo De León y Mexía al entregar al Tesorero Real cuatro talegos. ¡Haber apresado al

Intendente con toda su golilla! ¿Le parece a usted poco? ¡Y qué bien montado iba!

¿Cuándo vendrá otro Intendente de buenas maneras de ese, señor Tesorero?

¡Cómo! ¿Insiste el señor Alcalde? ¿Por qué quiere que venga uno parecido?

¡Pues señor, lamento que no lo alcance, mas diréselo: para alistar otros cuatro mil pesos!....

Horas después, el pueblo salvadoreño regocijado con el desparpajo de su señor Alcalde, acompañaba a éste por el camino de Apopa, donde pasaría los cuatro años de su destierro anhelando la llegada de otro señor Intendente.

¡Don Pedro Manuel de León y Mexía!

Nubes

Nubes! Nubes!
Nubes blancas, rebaños de ovejas,
perseguidas por otras, grises,
jaurías de lobos!

Nubes niveas, que sangran,
corzas heridas en el flanco
por el zarpazo de luz
del sol rampante!

*
* *

Nubes! Nubes!
Velas que hincha la racha ultramarina,
velas de unos navíos fantásticos
perdidos en el golfo celeste!

Dios es el Colón, el Almirante
de esa flota de vagas carabelas
cuyas lonas
hace tremar el soplo eólico.

El navegante
acaba de descubrir un archipiélago
de islas inexploradas: las estrellas.

*
* *

Nubes! Nubes!
Carrozas alegóricas
tiradas por caballos fabulosos
que en su carrera loca, con las crines al viento,
van olfateando la eternidad....

Ya pasan, raudas, las cuadrigas
y se pierden en el misterio de la tarde,
dejando, tras su fuga aérea,
una polvareda de oro!

A veces, el latigazo de un relámpago
les fustiga las ancas
a esos caballos aligeros,
pegasos que van hacia la aurora!

*
* *

Nubes! Nubes!
Leves cordilleras andinas,
cuyas frágiles nieves se derrumban
en catástrofes babilónicas!

Bolívar, mitológico, desde la cumbre
de un vacuo Chimborazo,
ve rodar en el éter
las vastas moles
de ese imperio de mármoles y jazpes!

*
* *

Nubes! Nubes!
Yo soy un nefelibata,
y en esta hora de fraticio universal,
como un apóstol místico
veo pasar un claro ejército
de arcángeles con escudos de plata,
que enarbolan al Oriente
sus blancas banderas de paz!

*
* *

Nubes.....! Nubes.....! Nubes.....!

EL SENTIMIENTO DE LO INVISIBLE

POR JOSE VALDEZ.

La multitud de formas que sustentan la superficie del planeta, y cuantos fenómenos pueden apreciarse por los sentidos, contemplados profunda y humildemente, desde el suave recodo de la meditación filosófica, no indican sino un aspecto de lo que es y puede reconocerse.

La mirada investigadora buscará sin fruto en ese torbellino vertiginoso el signo de lo definitivo. Para ella están vedadas las claras luminarias de lo trascendental. Su asombro verá sucederse los horizontes, en una prolongación sucesiva, que solo da la sensación de lo interminable.

La verdadera realidad ocúltase a nuestros ojos y se rebela contra todo rigorismo especulativo.

Apenas se deja ver allá, confusa y desvanecida, en remotas e inexploradas lejanías, llenas de bruma y de misterio....

Una voluntad infinita y todo poderosa hace de nosotros lo que quiere: nos mueve de aquí para allá; conduce nuestra ignorancia por senderos no sospechados; y, cuando menos lo esperamos, con un soplo exterminador, rompe el equilibrio de nuestro organismo y reduce a escoria la orgullosa babel de nuestros proyectos, sueños y ambiciones....

El sentimiento de lo invisible nos acompaña por todas partes. Así lo vislumbramos en las soledades del mar, en el vuelo del pájaro, en el mutismo de la piedra, en el temblor amoroso de los follajes, en el llanto del niño....

Sus voces suenan, hechas color y sonido, en el abandono de las horas contemplativas.

Vibra en lo más secreto del pensamiento e inmoviliza su inquietud al borde de lo infinito. Enciende en su silencio las profundas revelaciones de una vida superior. Y desde esa cumbre aparece casi indefinible, la pequeñez humana.

En el momento de las penas sombrías, cuando los orgullos se doblegan convencidos de su flaqueza, y los corajes desmayan y vacilan, su fortaleza se apodera de la voluntad insegura y la vuelve invulnerable.

En torno nuestro sentimos el influjo de fuerzas ineludibles, de atracciones y repulsiones, que guían nuestros pasos, intervienen en nuestras acciones y modelan nuestro destino. Las vidas humanas se solicitan e influyen incesantemente. Nuestros sentidos, sordos y ciegos para esa actividad oculta, vagan indiferentes tras la seducción del encanto pasajero.

La explicación lógica que la mente se forja acerca de los sucesos que la avasallan, responde a la limitada perspectiva en donde lo recóndito y luminoso de los matices desaparece. En el lenguaje se representa de manera más palpable esa mortal deficiencia.

Las palabras, fijas, impermeables, no recogen sino aquellos elementos más salientes que forman la superficie de lo percibido. Pero cada hombre lleva en sí mismo un mundo inexpresable, sin existencia ni significación ninguna para la curiosidad del viajero.

¿Quién no sintió alguna vez en su corazón la inclemente y angustiosa amargura de no ser comprendido?

Hubiéramos querido entonces que nuestra sinceridad radiase en torno de nuestro cuerpo como una aura luminosa para que fuese vista por los ojos de la multitud. El lenguaje nos descubrió su lastimosa importancia en tal instante. Nada dijimos. Preferimos sellar nuestros labios y nos recogimos en el doloroso gesto del *Pensador* de Rodin.

El silencio salió a recibirnos, enjugó los sudores de nuestra fatiga, y nos abrigó en su manto de serenidad y mansedumbre. Allí estuvimos, ante la realidad sangrante del propio dolor, sintiendo a través de nuestras íntimas palpitaciones, la fealdad de la carne y la belleza del espíritu.

Los hombres pasaron a nuestro lado, con la inconsciencia tormentosa de lo que se hurta a sus ojos y el sentimiento del vivo fuego que calcina y devora sus entrañas, enardeciendo sus deseos y pasiones. Iban tejiendo con el moviento de sus pies, sus charlas frívolas e hirientes y sus gestos vacíos, las trágicas inminencias, los acontecimientos adversos o jubilosos. Tras su sonrisa, como tras un cortinaje, se escondía tal vez un desolado abandono, ruinas gimientes y marchitas guirnalda de ensueños. Y cada cual se juzgaba dueño de sí mismo, conquistador de lo que forma la amalgama heterogénea de eso que se llama personalidad.

Las distancias profundas que nos mantienen separados dicen que la

figura humana, especial y temporal, carece al presente de poderes sutiles de expresión y se ve condenada al círculo de lo infinito y perecedero. El conocimiento tiene que ser, como función, la resultante lógica y natural del cerebro, su órgano inmediato. Las nociones elevadas, los sentimientos quintaesenciados, las intuiciones de lo imponderable, serán siempre para el ser humano algo como el influjo impalpable de una energía desconocida que actúa mediante la movilidad de una conciencia individual, demasiado imperfecta todavía para poder fundirse con ella o asimilársela totalmente.

Y esa energía se derrama sobre todas las almas y es fortaleza en el héroe, paciencia en el santo, hervor eterno y palpitante de renovación en todos los ámbitos del universo. Solo así se justifica aquel pensamiento de Emerson: «Como una planta en la Tierra así crezco yo en Dios».

Ante el sentimiento de lo invisible, de lo que no puede amoldarse a las pobres dimensiones de nuestro planeta, inclinad vuestras frentes. No querráis expresar lo divino con palabras humanas. Ni tengáis la pretensión de que la Verdad caerá presa en la red de vuestra lógica rectilínea.

Humildes, ante un cielo estrellado, ejercitad devotamente la disciplina del propio conocimiento.

Santa Ana.

LA ESTADISTICA DE DON LORENZO LOPEZ

Especial para el Boletín de la Biblioteca Nacional.

POR ALFONSO ROCHAC.

Hay un libro valiosísimo dentro de nuestra precaria Bibliografía que la memoria de los estudiosos comienza a olvidar. Nos referimos a la *ESTADISTICA DE LA REPUBLICA DEL SALVADOR POR LORENZO LOPEZ*, impresa en la Imprenta del gobierno en el año de 1858. En esta pequeña glosa nos proponemos recordar los merecimientos de su autor y la importancia de su interesante libro.

EL AUTOR

Don Lorenzo López fué un pedagogo que además de estar informado de las disciplinas de su arte, cultivó la ciencia de la administración y la estadística. Sus naturales dotes y la sabiduría de su mentor, hicieron de él a un excelente funcionario público.

Ese mentor fué don Antonio J. Coêlho un hombre a quien la historia nacional le está debiendo un desagravio por el olvido ingrato en que ha mantenido su nombre. Don Antonio J. Coêlho, de nacionalidad brasilera, llegó a México en la administración del General Guerrero, y habiéndose ganado pronto la amistad y la confianza del mandatario, fue distinguido con una representación a Guatemala. Estando allí supo la muerte de él, entonces decidió radicarse en la antigua Capital del Reino de Guatemala. El Presidente Gálvez quiso aprovecharse de las aptitudes pedagógicas de Coêlho, le encomendó la fundación de un Instituto Lancasteriano en Chiquimula. Su fama de Maestro se regó por todo el istmo, y así es como fue llamado a El Salvador. Vino. Abrió un Colegio al que dió el nombre de LA AURORA DEL SALVADOR. Compró una chacra a la que bautizó con el nombre de LA ESPERANZA. La finca se conserva aún y ha dado nombre al moderno Barrio

de La Esperanza. Allí se plantaron los primeros cafetos en el año de 1833. Coêlho murió a los 89 años de edad después de haber prestado grandes servicios a nuestro país.

Pues en la escuela de Coêlho, recibió educación Lorenzo López. Enseguida fue uno de los más asiduos propagandistas del sistema lanzateriano, y en todos los momentos de su vida estuvo para defenderlo y propagarlo. Además de eso, fue un incansable trabajador en la administración. Apesar de su modestia se supo su laboriosidad y sus planes de trabajo, y para aprovechar su experiencia y su técnica, el gobierno le encomendó la formación de la estadística del país.

En esa época la desorganización en todos los ramos de la administración era muy grande, más grande que en la actualidad. Hombres de visión como el Canónigo Doctor y Licenciado Isidro Menéndez y el Licenciado Ignacio Gómez, insistieron con cierta porfía en que era menester para el progreso de la patria el organizar el Gobierno bajo normas científicas, es decir aprovechando la historia y la estadística. El Padre Menéndez en su informe preliminar a la Recopilación de Leyes Patrias, decía: «Es necesario hacer un esfuerzo y encargar esta obra grande e importante a una o a

algunas personas inteligentes para que poco a poco la vayan emprendiendo, valiéndose de los auxilios de las autoridades locales».

La realización de ese consejo de Menéndez fué el libro de don Lorenzo López. Era tan modesto su autor que en la edición de 1858 aparece sin su nombre, pero gentes

que le estimaban procuraron que se supiera, y así, es como el poeta Juan J. Cañas en marzo de 1917 publicó una nota bibliográfica que es la que sirve de prólogo a la segunda edición hecha por el Director de la Biblioteca Nacional don Arturo Ambroggi en 1926.

EL LIBRO

La edición de 1858 consta de 240 páginas de tamaño corriente, comprendiendo pormenores sobre los siguientes departamentos: LA PAZ, SANTA ANA, CUSCATLAN, SONSONATE. Dentro de esos departamentos estaban colocados algunos de los que en la división administrativa aparecen con diferente nombre. Pero faltan los de San Salvador, San Vicente, San Miguel La Unión Morazán, Cabañas y Usulután.

Al hacer el estudio de cada pueblo, incluye la población, separándo-

la según el número de hombres, mujeres, solteros, casados, viudos, niños menores de 14 años, hombres entre 15 y 50 años. Hace la nomenclatura de las profesiones, establece la topografía, la posición astronómica, una evolución de las jurisdicciones y la clasificación de las producciones.

Resulta curiosa el saber, por ejemplo, la ocupación de los habitantes en ese año. Por ejemplo el dato ese sobre el Departamento de La Paz, es el siguiente:

HOMBRES

Labradores	5345	Zapateros	65
Abogados	2	Hojalateros	1
Médicos	2	Sombrereros	161
Eclesiásticos	5	Escribientes	6
Pescadores	21	Plateros	10
Pintores	3	Coheteros	9
Carpinteros	71	Destazadores	10
Sastres	94	Arrieros	5
Herreros	38	Tejeros	8
Tejedores	189	Campistas	36
Jornaleros	2159	Canasteros	13
Barberos	1	Músicos	66
Curtidores	13	Salineros	21
Albañiles	25	Pelloneros	1
Comerciantes	45		

MUJERES

Costureras	505	Sedadoras	76
Planchadoras	149	Floreras	39
Lavanderas	161	Almidoneras	7
Cigarreras	163	Comadronas	5
Panaderas	147	Loceras	42
Tejedoras	63	Jaboneras	25
Zapateros	19	Reboceras	8
Dulceras	78	Trenzadoras	78
Cocineras	47	Vivanderas	42
Buhoneras	7	Sombrereras	66
Molenderas	1347	Hilanderas	1347

En fin, la Estadística de El Salvador de don Lorenzo López, es una obra en donde se encontrarán muchos datos que igualmente le servirán al estadista que al profesor o al estudiante.

Por fortuna en la Biblioteca Na-

cional se encuentran las dos ediciones: la de 1858 y la de 1926. Tal vez la Universidad podría publicar en su Boletín esa obra, casi desconocida de la generalidad, en vez de llenar tantas páginas con memorias de tan poca utilidad.

EL TEMPLO GRIEGO Y SU RITMO

POR CARLOS VARAONA VILLASEÑOR.

I

Grecia ocupa un alto puesto en la evolución espiritual de la humanidad. Allí, por vez primera, el hombre tuvo conciencia de sí mismo y se posesionó plenamente de sus facultades intelectuales.

Su arquitectura, que halló la expresión más bella en el culto consagrado a los dioses, es digna de estudio, porque contiene verdades fundamentales, que han servido de base en la materia, a la cultura europea. Produjo obras maravillosas: sus templos.

El ritmo de la vida helena se encuentra allí cristalizado en már-

mol. Allí, las artes todas, al servicio de la arquitectura, se hermanan en una sola ofrenda religiosa.

Pueblo de pensadores y artistas, no podía rendir mejor tributo a sus héroes y a sus dioses, que brindándoles los tesoros de su genio.

Los eruditos están ácordes en conferir al arte griego un puesto único en la historia y en colocarlo por encima de la crítica.

Su alto grado de perfección se debe, no solo a los impulsos creadores que le dieron vida, sino también, a las favorables circunstancias que permitieron su desarrollo. El ambiente se adaptaba

al genio de la raza. Naturaleza se prestaba armoniosa a los esfuerzos del artista, contribuyendo a la excelencia de las obras, que fueran, más tarde, objeto de admiración universal.

Así, los tres grandes factores determinantes del estilo arquitectónico, en este caso, contribuyeron todos a favor de la perfección de la obra, factores que se traducen en un *ambiente* propicio, un *material* excelente, y un *artista* privilegiado, es decir, en Grecia, claro país de leyenda, el mármol blanco de Pentélico o de Paros y el pueblo helénico.

II

Grecia, península enclavada en el Mediterráneo, entre Asia y Europa, ofrece un magnífico conjunto de montañas y cabos, islas y promontorios, desde donde se divisa por todas partes el mar.

Naturaleza ha realizado allí el milagro de la unión armoniosa de la tierra y las aguas, que es para el arte la belleza suprema y constituye la condición más favorable para el desenvolvimiento del espíritu humano.

La variedad de sus regiones, que imponían a sus habitantes diversidad de trabajos los cuales requieren diversidad de ideas; su configuración en cabos, islas y golfos, que les permitía la contemplación constante del océano, que abre sus horizontes lejanos a la fantasía; y su posesión geográfica, frente a países florecientes, como los de Egipto y Fenicia, donde podían presenciar el espectáculo de otras civilizaciones, fueron circunstancias felices, que propiciaron el desarrollo intelectual y espiritual de la raza helénica despertando su iniciativa e impulsándola a endiosar a Naturaleza, que tantos fenómenos, inexplicables y bellos ofrecía a sus ojos.

Las bienhechoras influencias de la tierra y el clima se hacían sentir en el carácter independiente de los griegos. La tierra no era ni demasiado fértil para fomentar en ellos el ocio, ni estéril para absorber por completo sus energías. El ambiente cálido de la costa estaba atemperado por las brisas marinas. El cielo era de un azul intenso y la atmósfera de una transparencia tan pura, que según cuentan autores antiguos, los navegantes podían divisar, desde el cabo Sunion, el penacho y la lanza de Atenas Promacos, brillando al sol en el Acrópolis y los mismos atenienses, cuando subían a esa ciudadela, podían descubrir desde el Partenon, las numerosas islas blancas dispersas en el océano.

La Naturaleza griega ofrece sabias lecciones objetivas al artista. Todo parece en ella proporcionado al conjunto; no ostenta ni planicies ni montañas, ni árboles desmedidos. Un grato equilibrio prevalece en sus paisajes. El arquitecto aprovecha esas lecciones y hace entrar a Naturaleza misma en sus proyectos y planes estéticos, acondicionando las construcciones al terreno donde va a levantarlas y a sus alrededores. Si construye un teatro, por ejemplo, se sirve del declive de alguna colina conveniente. lo talla en gradas, después de orientarlo en beneficio de público y actores y suple con su arte lo que Naturaleza le niega. En el Acrópolis, se vale de las diferencias de niveles para agrupar sus templos de modo que se den realce progresivo y mutuo; así, hay simetría en las masas y no en las líneas. Vemos, por ejemplo, que los Propileos y los demás templos, están más bajos y menos adornados que el Partenon, con el fin de darle mayor importancia al templo de la diosa.

La diaphanidad de la atmósfera

influye en el refinamiento de las líneas y contornos de los edificios. Las molduras y los salientes se rigen por medidas propicias a los efectos de la luz, peculiar al ambiente. Ninguna línea es completamente recta más que en apariencia: todas tienen una curvatura casi imperceptible, labrada con el objeto de corregir ilusiones ópticas y producir gratos efectos de armonía lineal. Nunca empleaban fracciones de círculo en las molduras sino que curvas suaves y elípticas por ser éstas más estéticas. Decoraban sus templos y estatuas con la policromía, imprimiendo a los relieves y salientes colores brillantes y a los fondos, colores oscuros, para acentuar los primeros y atenuar, así, las sombras y reflejos que hubieran falseado y complicado las aristas de los edificios.

Productos regionales, como la madreSelva y el acanto, cuadros de la vida ambiente, y de la historia y la mitología, cosas que tenían una clara y honda significación para el pueblo, fueron los motivos ornamentales que los artistas trasladaron al mármol y que figuran en los relieves de los tímpanos, los frisos y las metopas de los templos.

La posición y configuración geográficas de la península, hicieron de los griegos audaces marinos y colonizadores de distantes comarcas del litoral mediterráneo, donde su arte sufrió las influencias de otras culturas y otras condiciones regionales, apreciables en el detalle.

En la Grecia asiática, los jonios, enriquecieron sus templos, con más lujo de decorado y ornamentación, y crearon el orden jónico, inspirándose en la arquitectura persa, y el cual contrasta con el orden dórico, de la Grecia europea, todo simplicidad, proporción y simetría.

Así, Asia y Europa, imprimen su sello en la arquitectura helénica: la primera le da elegancia y gracia

y la segunda serenidad y fuerza, cualidades estas que se muestran fundidas armoniosamente en las obras de los atenienses.

III

Sin el mármol, que es, estéticamente, para el escultor y el arquitecto, la piedra más preciada, los artistas griegos no hubieran tenido un medio adecuado de expresión, y hubieran tropezado con el obstáculo insuperable, de otro material defectuoso y grosero, incapaz de amoldarse a los delicados caprichos de su genio.

El deseo de perfección que experimentaban, acusado en la concienzuda ejecución de sus obras, en las que tratan de disimular con sutiles artificios, los más leves defectos del material y de la técnica, encontró, en las canteras del Pentélico, del Himeto, de Paros y de Naxos, la piedra ideal, la que mejor respondía a sus aspiraciones estéticas.

El mármol, material excelente y monumental como ninguno, por lo fino y homogéneo de su grano, por lo liso de sus superficies, susceptibles de pulimento, es el que mejor se presta a la pureza de la línea y al refinamiento en el detalle.

En cambio, estructóricamente, presenta el inconveniente de la pesantez y la dificultad de encontrar bloques suficientemente largos para servir de vigas o dinteles en luces amplias: a ello se debe el corto espaciamiento en los intercolumnios griegos.

Su dureza exige un trabajo más minucioso y preciso, que implica mayor perfección en la obra. Algunos escultores, sin embargo, prefirieron el bronce, que puede fundirse y permite mayor soltura en sus creaciones

También se emplearon en las construcciones piedras calizas, revestidas de mármol, arcillas y maderas.

Pero fué el mármol, el que por sus muchas cualidades, mejor se prestó a la técnica inimitable de los griegos y el que por su duración, pudo guardar, a través de los tiempos, los moldes en que vació su espíritu aquella raza superior.

IV

En el artista hay que considerar dos cosas: el ideal y la técnica. Para los griegos el ideal era la belleza plástica y la técnica se inspiraba en un constante anhelo de perfección.

El pueblo griego era sensible en extremo a los encantos de las formas bellas y poseía un sentido innato de la proporción y la armonía. Había en las ciudades un gusto general tan puro, que el más humilde artesano era capaz de apreciar, en toda su valía, las obras de los grandes artistas, nacidas al calor del estímulo. Estas, eran consideradas como propiedad de la comunidad, porque el arte era tradicional: si alguien creaba algo nuevo, dentro de los marcos tradicionales, hasta el más humilde ceramista tenía derecho a reproducirlo, pasando, así, a formar parte del acervo común del arte nacional.

El arquitecto se inspiraba en hermosos principios estéticos; verdad, simplicidad, claridad, normas fundamentales que le guiaban en la erección de los templos. Revelaba las bellezas que había en la estructura misma sin añadir a ésta ninguna decoración superflua. Por medio de la repetición constante y simétrica de un mismo elemento, hacía que su obra fuese más clara y comprensible.

Dorios, jonios y áticos, distintas agrupaciones que constituían la

nación helénica, aportaron a las artes la marca peculiar de su temperamento. Los dorios oponen la sobriedad, característica del estilo que lleva su nombre, al estilo Jonio, de líneas más amables—Los áticos con su exquisito gusto y fina sensibilidad, supieron fusionar ambos estilos.

Moral y socialmente, en el arte griego se manifiestan dos grandes sentimientos básicos: su orgullo nacional, exaltado por el heroísmo de la raza y su fe religiosa, presente en todos los actos de su vida.

Su fantasía le hacía ver dioses en todas partes e interpretaba los fenómenos naturales como signos divinos con que los dioses se manifestaban a los mortales. Los actos más importantes de su vida iban acompañados de un rito o una acción de gracias. Su arte se consagraba a propagar al amor patrio y las creencias religiosas, revistiéndolos de formas bellas.

Los pueblos de la Hélade, aunque políticamente separados por su espíritu localista, constituían una vasta sociedad de comunidades, una gran familia de minúsculos Estados, que conservaban, aún en las colonias más distantes, la veneración por la Patria de su origen, y la conciencia de la unidad de su raza y la superioridad de su cultura.

Las grandes Fiestas Panhelénicas, a las que tenían derecho a concurrir todos los griegos, mantenían vivo el espíritu tradicional de la raza y firmes los lazos espirituales que la unían.

Algunos autores han creído ver cierta analogía entre nuestros pueblos hispanoamericanos, políticamente separados, pero vinculados por el común origen, el idioma, el genio y la religión, y los pueblos de la Hélade. En ambos se manifiesta el mismo espíritu localista, en ambos se revelan los mismos

defectos, odio, ingratitud, envidia, pero también existe la misma conciencia de unidad racial y el mismo sentimiento de solidaridad. Acaso también, algún día su espíritu tenga una gloriosa floración artística.

Ese sentimiento de unidad racial entre los griegos encontró expre-

sión en los templos. El Partenon, construido en la edad de oro del helenismo, constituye la revelación más alta de la cultura griega, porque resume todo lo que había dado de más grande y bello en las diversas actividades de su vida creadora.

GUÍA PARA LA LECTURA DE LOS CLÁSICOS

A los escritores jóvenes, a los estudiantes

MIGUEL DE CERVANTES. — En más de una ocasión nos hemos convencido de que en El Salvador la gente de mediana cultura no lee sino cosas sin importancia, novelas de escritores mediocres, escritores cuya popularidad tiene su origen, precisamente, en la vulgaridad de sus escritos.

No es sólo esto: los estudiantes y los escritores jóvenes, con pocas excepciones, hacen lo mismo. Algunos nos han confesado no haber leído sino ciertos capítulos del Quijote, desconociendo en absoluto hasta los títulos de las demás obras de Cervantes.

Es hora de corregir este error. Los estudiantes y los escritores jóvenes, como representantes del movimiento cultural del país, deben reaccionar, deben leer a los clásicos. En la Biblioteca Nacional hay obras de los clásicos que con más justicia gozan de fama universal.

Poco a poco iremos refiriéndonos

a ellas en esta sección, empezando por las de Cervantes.

Existen del Quijote dos ediciones distintas, una con la ortografía modernizada por completo, hecha para el pueblo, y la otra, para hombres de estudio, que viene a ser la más perfecta en su género, con anotaciones críticas del conocido erudito español don Francisco Rodríguez Marín.

Existen, además, «La Galatea» y todas las «Novelas Ejemplares», obras conocidas sólo de nombre por nuestros aficionados a las letras, y que, si bien, como todo el mundo sabe, son inferiores al Quijote, merecen ser leídas por las singulares maravillas de estilo que contienen.

Es de suponerse que el cariño de Cervantes por «La Galatea» se debiera al enorme esfuerzo realizado por él para poner en el estilo el sello inconfundible de lo extraordinario.

Obras recibidas en el mes de junio

«Boletín de Agricultura» de los meses de marzo y abril de 1932. Nos. 3 y 4, enviado por el Jefe de la Sección de Publicaciones. Colombia. 3 ejemplares.

«Boletín de Minas y Petróleo» de los meses abril, mayo y junio de 1931. Tomo V. Nos. 28 al 30, enviado por el Ministerio de Industria de Colombia. 1 ejemplar.

«Ejército de la República de Colombia, Escalafón de Actividad 10. de enero de 1932», enviado por el Ministerio de Guerra Departamento de Personal. Colombia-Bogotá. 1 ejemplar.

«Sor Luz» novela ideal, por José María Sapiña Beltrán, enviada por la Administración de la Revista Blanca. (Barcelona). 1 ejemplar.

«Dos hermanas» por Marta Espinosa, enviada por la Revista Blanca, Barcelona. 1 ejemplar.

«Revista Tegucigalpa», enviada por Alejandro Castro, Director de la Revista. Tegucigalpa-Honduras. 1 ejemplar.

«Psicología Aplicada a la Educación», por Carlos Monterrosa, enviada por la Imprenta San Luis de Ahuachapán, 1 ejemplar.

«Revista Luz y Verdad», enviada por el Director don Roberto Martínez, 1 ejemplar.

«Boletín del Petróleo», enviado por la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo. México, D. F. 1 ejemplar.

«Diario de Centro América», enviado por el Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala, 14 ejemplares.

«Novena Carta Pastoral», enviada por la Imprenta «Funes y Ungo» de San Salvador. 3 ejemplares.

«Revista del Ateneo de El Sal-

vador», enviado por los Talleres Tipográficos del Ministerio de Instrucción Pública, San Salvador, 3 ejemplares.

«Nomenclaturas Internacional de Bruselas, con Aplicaciones», enviada por la Dirección General de Estadística de El Salvador, 3 ejemplares.

«Revista de Agricultura Tropical», Órgano del Ministerio de Agricultura enviado por la Imprenta Nacional, 3 ejemplares.

Revista «Despertar», enviada por la Imprenta Palacios de El Salvador, 3 ejemplares.

«Revista Postal», Órgano Oficial del Correo Nacional de El Salvador, 3 ejemplares, enviado por la Imprenta Ariel.

«Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador», 3 ejemplares, enviado por la Imprenta Funes y Ungo.

«Boletín Sanitario», 3 ejemplares enviados por la Imprenta Nacional.

«Boletín Municipal», Órgano del Ayuntamiento de San Salvador, 3 ejemplares, enviados por la Imprenta Cisneros.

Enviados por Editorial Lumen, México, D. F.

«El Fuereño», por J. Amaya. 1 ejemplar.

«La Madre de Dios», por J. Amaya, 1 ejemplar.

«Carne de Cañón», por M. Dávalos, 1 ejemplar.

«La Navidad», por Altamirano, 1 ejemplar.

«La Silabización Inglesa», por J. Amaya, 1 ejemplar.

«Sor Juana Inés de la Cruz», por Ezequiel A. Chávez, 1 ejemplar.

Estadística de los lectores durante el mes de junio de 1932

Ciencias	884
Literatura	802
Historia	142

A DOMICILIO	
Ciencias	50
Literatura	50
Historia	30

INDICE

	PÁGINA
Editorial	1
Indice Bibliográfico, por Salvador Cañas . . .	3
La Superstición de la Gramática y la Retórica, por Camilo Campos	4
La Elegía II de Netzahualcōyotl, por Francisco Gavidia	6
Salarrué, colorista, por Luis Alfredo Cáceres . .	7
Mi mensaje, Maestro completo, por Efraín Jovel.	8
La elegía del ausente, por Serafín Quiteño. . .	10
La muerte del organillo, por Francisco Miranda Ruano	12
Don Miguel Angel García, por José Gómez Campos .	13
Guayabitas blancas, por Quino Caso	15
El alcalde de León y Mexía, por Joaquín García .	16
Nubes, por Carlos Bustamante	19
El sentimiento de lo Invisible, por José Valdés . . .	21
La Estadística de don Lorenzo López, por Alfonso Rochac	23
El Templo Griego y su ritmo, por Carlos Varaona Vi- llaseñor	25
Guía para la lectura de los Clásicos.	29
Obras recibidas en el mes de junio .	30
Estadística de los lectores	30

TALLER DE ENCUADERNACION
- - - D E - - -

JOSE MARIA AGOSTA

ACREDITADA POR LA PERFECCION Y NITIDEZ EN LA EJECUCION DE LAS
OBRAS QUE SE LE ENCOMIENDAN, YA SEA TRABAJOS DE FANTASIA, LIBROS
DE CONTABILIDAD, CARTAPACIOS, CAJAS DE CARTON, ESTUCHES, ETC., ETC.

DIRECCION: 4a. CALLE PONIENTE, No. 68.
